

## TERCERA PARTE

---

### QUERÉTARO

#### CAPÍTULO I.

Desembarque en Veracruz. — El Sr de Poliakovitz. — Embarque de los equipajes de S. M. á bordo de la *Elisabeth* y del *Dandolo*. — Orizaba. — La corte en Orizaba. — El Padre Fischer. — El consejo de Estado y los ministros. — Los generales Miramón y Márquez. — El consejo decide por mayoría la subsistencia del imperio. — Regreso del Emperador á la capital. — Cartas de Eloin y de la archiduquesa Sofía.

Apenas hube desembarcado en Veracruz, la primera persona con quien me encontré en el muelle fué el Sr de Poliakovitz, que despedido del servicio, se dirigía á Nueva York. Este caballero me confirmó lo que ya me había dicho el cónsul general de México en la Habana, es decir, que si bien el Emperador había salido de México para embarcarse en Veracruz rumbo á Europa, pues ya se hallaban las dos fragatas austriacas ancladas frente

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Aprob. 1625 MONTERREY, MEXICO

á Sacrificios, aun se encontraba en Orizaba, adonde se habían dirigido los generales Miramón y Márquez, quienes estaban de regreso en el país desde hacía muy poco tiempo. Además se hallaban también en Orizaba todos los ministros y los miembros del consejo de Estado, con el fin de suplicar á Su Majestad que no los abandonase, ofreciéndole recursos y hombres para afrontar la situación sin el auxilio de los franceses, de los cuales muy pocos quedaban ya para embarcarse y regresar á Francia. Así pues, teniendo la seguridad de que encontraría á Maximiliano en Orizaba, á esa simpática ciudad le telegrafíé anunciándole mi vuelta á la patria. Tomé el tren en Paso del Macho y á las nueve de la noche del siguiente día, llegaba á la residencia del Emperador.

Según su antigua costumbre S. M. dormía desde hacía una hora, así es que tuve que esperar la mañana siguiente para presentarme á recibir sus órdenes. Hablé desde luego con el Padre Fischer, á quien entregué la correspondencia de que era yo portador y me retiré á descansar.

Pocos días antes que yo, había llegado el Dr Bouslaveck por la vía de Nueva York y referido la enfermedad de la Emperatriz con todos sus detalles.

La pequeña comitiva que acompañaba al Emperador en Orizaba se componía del P. Fischer, como secretario; del médico judío Samuel Basch, del viejo naturalista Billimeck, del oficial de órdenes Ormaechea y del secretario de las ceremonias Don Fernando Mangino.

Antonio Grill, mayordomo y á la par primer camarista de Su Majestad y algunos criados mexicanos componían la servidumbre.

Un escuadrón de húsares austriacos á las órdenes del conde de Kevenhüller y los gendarmes montados del coronel Paulino Lamadrid formaban la escolta.

Los demás fieles y queridos amigos del Emperador se hallaban ausentes: el conde de Bombelles en París, Shaffer, Günner, Hertzfeld, Eloin y Scherzenlefer en Viena; el Doctor Semeleder se había retirado del servicio y dedicado al ejercicio de su profesión.

El Emperador me recibió á las siete de la mañana del día siguiente al de mi llegada.

El Padre Fischer me había prevenido ya, que la noticia de la locura de la Emperatriz dada con amplios detalles á Su Majestad, por el Dr Bouslaveck había afectado profundamente al Emperador, y que por lo tanto, no debía yo hacer mención alguna de este doloroso suceso, si no era que él me hiciese alguna pregunta.

Al entrar á su habitación, lo encontré de pie, le saludé respetuosamente con una inclinación de cabeza; pero él vino hacia mí, me estrechó fuertemente la mano y me hizo multitud de preguntas sobre mi viaje, sin mencionar ni una sola palabra de la Emperatriz.

Enseguida agregó que en esos días, quedaría resuelto si se quedaba en México ó volvía á Europa, pero que de cualquier manera que se resolviera la situación del Imperio, yo seguiría siempre al lado suyo.

Durante todo el tiempo que duró nuestra conversa-

ción, pude ver detenidamente las huellas que en su no-



El. Padre Fischer

ble fisonomía habían dejado tantas emociones y tan dolorosos acontecimientos.

Las bromas y el buen humor de otros tiempos habían

desaparecido por completo y su cabeza que antes siempre estaba erguida y altiva, ahora se veía inclinada, como bajo el peso de tantas contrariedades y tantos sufrimientos.

El nuevo consejero, el P. Fischer, estaba recientemente llegado de Roma, adonde había ido á presentar las bases de un concordato, único que tenía probabilidades de ser aceptado por el Papa.

Era Fischer de origen alemán, se encontraba en el país desde el año 1845, había vivido en Texas y en California, y después en Durango, donde había sido secretario del obispo de esa diócesis; respecto á su salida de la secretaría del obispo, corrían rumores nada favorables para él.

Después, habiéndose interesado en su favor Don Carlos Sánchez Navarro lo presentó al Emperador, quien tan sugestionable como era, le dió toda su confianza en muy poco tiempo, y por tal motivo, á su regreso de Roma, Fischer substituyó á Hertzfeld como consejero. Cuando yo volví á ver al Emperador, Fischer tenía sobre él absoluta influencia.

Era de elevada estatura, de complexión muy robusta y sana, de aspecto simpático, siempre guasón y tenía el gran talento de captarse desde luego la simpatía de todos aquellos á quienes trataba, con su carácter bromista.

Así es que la misma influencia que ejercía sobre el Emperador puede decirse ejercía también sobre los ministros, sobre los consejeros y sobre los generales

Miramón y Márquez de quienes era amigo íntimo, especialmente de este último.

Apoyado por Fischer, el partido conservador había vuelto á recuperar su influencia y su preponderancia casi perdidas, y puede decirse que tal influencia y tal preponderancia fueron las que decidieron en las sesiones de Orizaba la suerte de Maximiliano.

El día veinticinco de Noviembre de 1866, se abrieron las sesiones en la sala de la casa de Bringas, que era donde estaba alojado el Emperador.

Comenzó la primera á las diez de la mañana, presidida por Su Majestad quien de pie, vestido con mucha sencillez, sin llevar al pecho condecoración alguna, pronunció un corto discurso, en el que dijo, que no había querido tomar ninguna resolución definitiva, sin que antes deliberaran sus consejeros y que esa deliberación fuera enteramente independiente del influjo francés.

Enseguida, saludó personalmente á cada uno de los consejeros y se alejó para las habitaciones interiores.

Largas y acaloradas fueron las discusiones de los consejeros; y mientras éstos influenciados por Fischer, en primer término, discutían y decidían del destino de aquella noble alma, Maximiliano recorrió los campos con el naturalista Billimeck y el Doctor Basch, coleccionando mariposas é insectos; y ajeno casi á las decisiones de aquel consejo, que puede decirse, preparaba ya el cadalso de las Campanas.

La mayoría del famoso consejo de Orizaba opinó que

el Emperador debía quedarse en el país, y regresar inmediatamente á la capital.



D. Teodosio Lares

El consejo estaba formado por dieciocho consejeros de los cuales cuatro eran ministros; de la votación resultaron ocho votos por la abdicación y diez por el sos-

tenimiento del Imperio, y de estos diez hay que tener en cuenta que cuatro eran ministros, quienes tenían derecho á votar doble.

El ministerio ofreció para el fin que se proponía cuantiosas sumas de dinero, y los generales Miramón y Márquez la formación de un numeroso y potente ejército, para sostener la causa imperialista que se derrumbaba.

Al tratarse de los recursos con que contaba el Imperio para seguir sosteniendo la lucha contra los Juaristas sin el apoyo extranjero, la votación fué muy reñida, pues resultaron nueve votos por la afirmativa y nueve por la negativa, habiéndose optado por la primera resolución en vista de que el Presidente del Consejo, Don Teodosio Lares, votó por la afirmativa y su voto de calidad equivalía al doble.

La oposición liberal que había en aquel cuerpo colegiado, había vivamente atacado y con justicia la cuestión de recursos, pero los ministros contestaron que se disponía desde luego de quince millones de pesos anuales, con los que se podía sostener la situación; que podrían levantarse más de treinta mil hombres, de los cuales ya había dieciocho mil sobre las armas. La comisión agregó que no había tenido presentes esas cifras, pero que se fundaba en que si era necesario un cambio de gobierno, éste se efectuaría de una manera que no fuese tan brusca ni tan violenta.

Los consejeros leales á Maximiliano opinaban que debía hablársele con toda franqueza y hacerle ver que

el único partido que le quedaba era abdicar; y que era verdaderamente indecoroso detenerlo para comprometerlo más de lo que estaba y únicamente para que con su presencia sirviera de salvaguardia á los mexicanos comprometidos á su vez muy seriamente en la causa imperialista.

Hubo otros consejeros que lealmente opinaron que la situación era insostenible y pidieron permiso al Emperador para retirarse á Europa.

Estos fueron Don Luis Robles Pezuela, Don Juan de Dios Peza, Don Francisco Somera y algunos más.

El Emperador, por su parte, bien comprendía que á costa de todos los sacrificios, tenía que permanecer en México.

Parecíale en efecto poco decoroso huir entre los equipajes del ejército francés.

Así pues, el voto de la comisión, de acuerdo con las ideas de Maximiliano fué emitido del modo siguiente:

« Subsistencia del imperio en sentido absoluto.

« Resignación del poder, si á este precio creía el Emperador que podía afianzar la paz, la independencia y los intereses mexicanos creados con la erección del trono. »

Durante el tiempo que duraron las sesiones en Orizaba, los equipajes imperiales volvían á esta ciudad, después de haber ido no sólo hasta á Veracruz, sino que parte de ellos estaban ya embarcados á bordo de los buques austriacos *Elisabeth* y *Dandolo*.

Aquella determinación revelaba desde luego, que el

Emperador tenía la idea de permanecer á toda costa en el país.

El resultado de las conferencias de Orizaba se dió á conocer en la siguiente proclama que yo escribí al dictado de Su Majestad, proclama que fué corregida varias veces, quedando definitivamente así redactada :

« MEXICANOS,

Circunstancias de grave importancia relativas al bienestar de nuestra patria que han adquirido mayor fuerza por causa de desgracias domésticas, habían producido en nuestro espíritu la convicción de que debíamos devolver el poder que nos habíais confiado.

Nuestros consejos de ministros y de Estado, convocados por Nos, opinaron que el bien de México exige que todavía conservemos el poder. Hemos creído deber acceder á sus instancias anunciándoles á la vez nuestra intención de reunir un Congreso nacional sobre las bases más amplias y más liberales donde tengan acceso todos los partidos. Este congreso determinará si debe subsistir el Imperio y en el caso afirmativo promulgará las leyes vitales para la consolidación de sus instituciones políticas. Con este objeto se ocupan actualmente nuestros consejeros en proponer las medidas oportunas y al mismo tiempo se darán los pasos convenientes para que todos los partidos se presten á un arreglo bajo estas bases.

Entretanto, Mexicanos, contando con todos vosotros sin exclusión de ninguna color político nos esforzaremos á continuar con valor y constancia la obra de regeneración que habéis confiado á vuestro compatriota Maximiliano. »

Causó profunda extrañeza á los consejeros la idea de reunir un congreso é intentaron disuadirlo de ella; pero el Soberano insistió manifestando que no cambiaría ya una sola palabra de la proclama.

Dejaron pues los consejeros que se publicara tal cual estaba redactada, creyendo que llegada la hora de citar al congreso, éste no llegaría á reunirse.

Maximiliano, como después me manifestó á mi personalmente, esperaba que si la decisión del congreso era contraria al Imperio, él regresaría desde luego Europa.

Otro de los motivos que tuvieron grande influencia en su ánimo para obligarlo á quedarse en México, fué una carta, que por esos días de las conferencias de Orizaba, recibió fechada en Viena y firmada por su augusta madre, la archiduquesa Sofía.

En esa carta la madre de los emperadores de Austria y de México decía á este último, que el honor de los Hapsburgo no permitía que Maximiliano se retirase del país, al retirarse el ejército francés; y que debía permanecer en México, á esperar el resultado de la causa imperialista por dudoso que fuera.

El Sr Eloin, que de Viena se había dirigido á Bruselas, escribía también á Maximiliano otra carta fechada el diecisiete de Septiembre y que no llegó á poder del Emperador, hasta los primeros días de Diciembre, por los motivos que paso á explicar.

Eloin la dirigió al agente consular de México en Nueva York, sin recordar tal vez, que había en esa

ciudad dos agentes consulares, uno de la República y otro del Imperio, desgraciadamente fué el primero el que la recibió, la envió á Juárez, se tomó copia de ella, se mostró dicha copia al Sr Montholon, y después fué remitida al Emperador.

En esa carta á la que yo dí lectura, después de algunas consideraciones relativas á la retirada de las tropas francesas, y á la abdicación, decía textualmente Eloin :

« Tengo la convicción de que vuestra Majestad no querrá dar esta satisfacción á una política que debe responder temprano ó tarde de lo odioso de sus actos y de las fatales consecuencias que serán su resultado, después agrega :  
« El Emperador una vez libre de la presión de una intervención extranjera, debe hacer un llamamiento al pueblo mexicano pidiéndole el apoyo material y pecuniario indispensable para subsistir. Si este llamamiento no es escuchado, entonces S. M., habiendo cumplido hasta el fin su noble misión, volverá á Europa con todo el prestigio que le acompañó á su partida y en medio de los importantes acontecimientos que no dejarán de surgir, podrá representar el papel que á todas miras le corresponde. »

Cuando terminé de leer esa carta, Maximiliano, después de reflexionar un momento, dijo como hablando consigo mismo :

— Tal vez dentro de poco tiempo, volveré á Europa.

Los consejeros y ministros salieron de Orizaba el día dos de Diciembre, pero el Emperador quiso permanecer

aun algunos días más en esa ciudad que le era tan simpática, cuyo clima tanto le agradaba y que tanto provecho hacía á su quebrantada salud.

Terminados los trabajos del consejo é idos los consejeros, Maximiliano decidido á descansar unos cuantos días, como antes dije, se pasaba las mañanas enteras en el campo, con el naturalista y el médico Basch.

Desde que regresé á Orizaba, volví á ocupar mi puesto al lado del Emperador á pesar de los pronósticos de Poliakovitz, quien me auguraba sería despedido, como muchas otras personas á las que ya no necesitaba el soberano. Se me preparó una habitación en la casa de Bringas, y á todas horas se me llamaba para recibir órdenes de Su Majestad.

Como las balijas no llegaban diariamente, el acuerdo se hacía á la siete de la mañana y no á las cuatro como antes.

El Emperador, que desde la partida de Hertzfeld almorzaba solo, volvió á concederme el alto honor de acompañarlo á su mesa durante el almuerzo, porque la comida se hacía siguiendo la antigua costumbre, es decir presidía él, y asistían todos los de su casa, más el conde de Kevenhüller, el coronel Lamadrid y uno que otro invitado.

Llegó por fin la hora de partir y de entrar en la lucha que tan doloroso término había de tener, y el día doce de Diciembre salimos de Orizaba rumbo á Puebla.

Triste fué nuestra salida de Orizaba, ya Maximiliano con su exquisita sensibilidad, abrumado de presenti-

mientos, de temores y de congojas, especialmente por la demencia de su consorte, parece adivinaba que nunca volvería á esa pintoresca ciudad, donde dejó tantos recuerdos y donde pasó días tan agradables.

Pasamos nuevamente por Perote, por San Agustín del Palmar, por las haciendas de Nopalucan y de Ojo de Agua; y si bien por doquiera se nos recibía con entusiasmo todavía, no dejaban todos de manifestar su extrañeza, porque todo el mundo se imaginaba que ya Maximiliano se había embarcado rumbo á Europa.

La gente sensata, al verlo regresar de nuevo, se decía que aquello sería, como efectivamente era, un nuevo elemento de guerra, que ésta sería ahora más sangrienta que antes y contemplaban con cariñosa tristeza al infortunado Hapsburgo á quien todas las personas de algún criterio, veían ya como una víctima expiatoria de los conservadores.

Había momentos en que dentro del carruaje en que íbamos el Soberano y yo, al vernos rodeados por las tropas que nos escoltaban, más bien me parecía que íbamos prisioneros y recordaba inconscientemente la vuelta de Luis XVI, aquel otro soberano desdichado, cuando había sido hecho prisionero en Varennes.

Á nuestra llegada á Puebla, nos alojamos en una preciosa propiedad rústica del obispo, denominada Xonaca y que el prelado puso á nuestra disposición, pues Maximiliano se rehusó á habitar en la ciudad, pensando á su llegada á México tampoco habitar en la capital.

## CAPÍTULO II

En Puebla. — Residencia en la quinta episcopal. — Entrevista del general Castelnau y del ministro francés Dano con el Emperador. — El P. Fischer contesta á estos señores. — Viaje á México. — La hacienda de la Teja. — Toma de Cuernavaca. — Muerte del coronel Lamadrid. — Partida del ejército francés. — La última tentativa. — Derrota de Miramón. — Salida para Querétaro.

Además de las personas que con el Emperador habían venido de Orizaba á Puebla, yo pedí dos empleados del gabinete, para que me ayudaran en mis tareas, que cada día aumentaban.

El P. Fischer era desde la ausencia del capitán Pieron, secretario del gabinete, quien trataba con Maximiliano todos los asuntos delicados, y como los franceses al retirarse del país instaban al Soberano para que abdicase, el general Castelnau ayudante de campo de Napoleón tuvo una entrevista con el Emperador en la quinta de Xonaca, á instancias del dicho P. Fischer.